

oraciones necesarias para oír con fruto el Santo Sacrificio de la Misa y recibir provechosamente los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.

Para la parte histórica he escogido los autores de más nota en el milagro guadalupano, y como no hablo a católicos que dudan, sino a hijos amantes de María, me he limitado a hacer una sencilla exposición de los hechos.

Por lo que toca a la segunda parte, más bien que oraciones de un autor privado he seguido las del Breviario y del Misal, las más ricas en conceptos y en sólida piedad, como dictadas por el Espíritu Santo.

Quiera la graciosa Reina del Anáhuac aceptar benigna este pobre homenaje de amor filial que con tanto cariño le presento, en este año en que celebramos el Cuarto Centenario de sus gloriosas Apariciones.

Manuel M. Hernández,  
Mis. S. S.

México, D. F., 31 de mayo de 1931.

---

## PRIMERA PARTE

---

### I.—LA COLINA DE MARIA

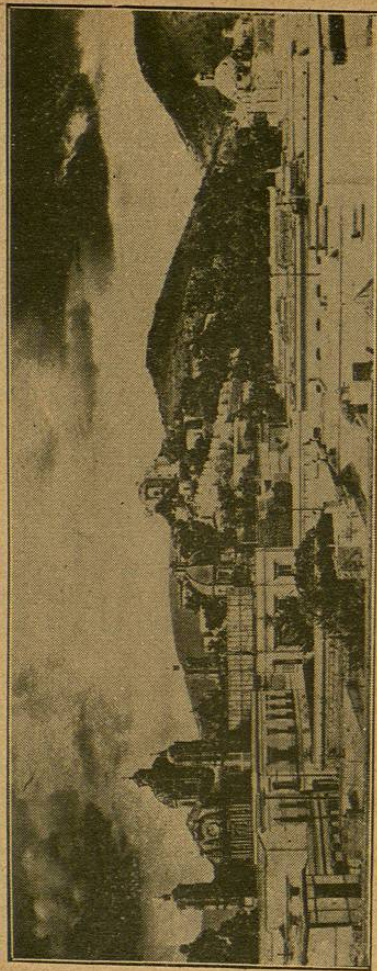
A una legua escasa al Norte de la ciudad de México, hay un cerrito que, aunque pequeño y despreciable por su aspecto, es para el mexicano el sitio más amado. Pertenece a la serranía de Cuautitlán, la cual a su vez forma parte de la Sierra Madre que corre a lo largo de toda la República. Los Méxicas en su idioma lo llamaron Tepeyacac, que quiere decir: extremidad o remate de los cerros, porque es efectivamente el término de la sierra de Cuatitlán.

Es su aspecto árido y triste: Todo cubierto de peñascos y seco en la mayor parte del año, sólo se alegra en tiempo de primavera con la escasa vegetación regional de sus perules y nopales, espinos y malezas. Las llanuras

que lo rodean son estériles, debido a lo salitroso del terreno. Hace unos cuantos años no contaba con más árboles que los de la calzada que une la ciudad de la Villa edificada en torno del cerrillo y los de la finca y Hacienda de Aragón.

Tal es el sitio santificado muchas veces por la presencia de la Reina del Cielo; y tal es el lugar que Ella escogió para levantar su trono de misericordia en medio de su pueblo predilecto.

Pero prosigamos. Si es triste el aspecto del Tepeyac y de sus contornos, el panorama que desde él se domina no puede ser más bello y encantador. Para describirlo me siento obligado a citar las palabras del ilustre guadalupano D. J. de J. Cuevas en su opúsculo sobre la Santísima Virgen de Guadalupe: "Cuando la tarde es límpida y serena, contemplar desde allí la puesta del sol, es uno de los más poéticos y sublimes espectáculos. Los montes que circuyen el valle de México se miran a lo lejos azules en sus faldas, y reverberando sus crestas a los últimos rayos del sol como inmensas hornazas de oro fundido. Las hendiduras gigantescas del Ajusco semejan con su oscuridad las bocas pavorosas del abismo, y contrastan sus



Vista de conjunto de la Villa de Guadalupe.

tinieblas con las deslumbrantes reverberaciones del tendido lago de Texcoco, inmóvil y brillante, como una enorme lámina de acero de cambiantes aperlados y azulosos. Al pie del cerro se mira el venerado Santuario, y un poco más lejos la populosa ciudad con sus altos y blancos caseríos, y sus incontables cúpulas y campanarios. Cuando al oscurecer las campanas del Santuario suenan a la oración, la atmósfera se rasga a sus vibraciones como si exhalara doliente gemido, y el alma se hunde en el mar sin lindes de religiosas meditaciones”.

Después de tan bella descripción, más de alguno preguntará porqué el sitio escogido por María no fue uno de tantos alegres y risueños en que abunda nuestra Patria, sino más bien aquel lugar escueto y estéril.

Desde la más remota antigüedad fué frecuentado el Tepeyac. Allí adoraban los indios a un ídolo que llamaban “Tonatzin”, esto es: “Madre de los dioses”. Por una de sus delicadezas maternas, María escogió para santificarlo aquel sitio en donde el demonio, para devorarlas, había engañado tantas almas.

Ella que es blanca y apacible como la

luna, —“Pulchra ut luna”,— buscó en nuestro Anáhuac el sitio más feo y tenebroso, para iluminarlo con su luz, y quiso en el erial más espantoso, asentar su pie para que fuera más admirable y simbólico el milagro de las rosas.

Así en esta vez un pueblo sumergido en verdaderas sombras de muerte, ávido de sangre y víctimas humanas, vio aparecer esa luna misteriosa que con sus rayos argentados comenzó a disipar las tinieblas del error y de la idolatría, cumpliéndose también en esta ocasión las palabras del Profeta: “Seditibus in regione umbrae mortis, lux orta est eis”. Una luz apareció para los que estaban envueltos en tinieblas y sombras de muerte. (Isai., IX, 2).

